

SAGRADA ESCRITURA Y REGLAS DE LECTURA³

Para los Padres de la Iglesia cada cristiano puede y debe leer las Escrituras llevándolas a cabo en su historia personal. Pero él puede realizar este cumplimiento sólo en la medida en que entre a formar parte de modo siempre más pleno del Cuerpo de Cristo expresado por la Iglesia. Es la Iglesia quien posee y lee el libro de las Escrituras.

Ya en el siglo II, Hermas acordaba una gran importancia al texto escrito que –decía él– le había sido leído por la Iglesia, había sido confiado a la Iglesia para que ella lo transcriba, lo difunda y lo explique.

Es siempre importante, para no caer en una mentalidad sectaria, ver cómo la Iglesia, a lo largo de los siglos y hoy, lee la palabra de Dios. Porque esta palabra, antes de ser nuestro libro, es el libro de la Iglesia y la lectura debe ser sometida al criterio eclesial.

Por esta razón la referencia a los Padres, a toda la tradición de la Iglesia, al Magisterio expresado en los momentos más altos de los Concilios y de la enseñanza solemne de los Papas y de los Obispos, es un criterio que nos reconduce a una sana lectura de la Escritura. Existe el riesgo de confundir nuestra palabra con la palabra de Dios. Muchas veces está la moda de hacer interminables reuniones en las cuales cada uno habla y lanza la primera idea que le pasa por la cabeza y después se hace pasar esta idea como palabra de Dios dicha bajo el impulso del Espíritu. Es un método de reuniones y de encuentros que conduce muy lejos de la sana doctrina que crea mentiras y confusiones.

Por esta razón es necesario recuperar el criterio de la *escucha eclesial*.

La conversión del corazón

En la segunda carta a los Corintios, san Pablo nos habla de un velo que impide a la inteligencia ver y la vuelve ciega. Les reproduzco el pasaje en cuestión: *Animados con esta esperanza, nos comportamos con absoluta franqueza, y no como Moisés, que se cubría el rostro con un velo para impedir que los israelitas vieran el fin de un esplendor pasajero. Pero se les oscureció el entendimiento, y ese mismo velo permanece hasta el día de hoy en la lectura del Antiguo Testamento, porque es Cristo el que lo hace desaparecer. Sí, hasta el día de hoy aquel velo les cubre la inteligencia siempre que leen a Moisés. Pero al que se convierte al Señor, se le cae el velo. Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad. Nosotros, en cambio, con el rostro descubierto, reflejamos, como en un espejo, la gloria del Señor, y somos transfigurados a su propia imagen con un esplendor cada vez más glorioso, por la acción del Señor, que es Espíritu. (2 Co 3,12-18).*

Orígenes lo comenta así: “Cuando uno se convierte al Señor, el velo se levanta. La conversión es, pues, el medio y la causa de que el velo se levante. Si, leyendo las Sagradas Escrituras, no nos rehusamos a comprenderlas, y ellas permanecen oscuras e impenetrables, quiere decir que no estamos todavía con vertidos al Señor”.

Hay pues un criterio de comprensión de las Escrituras, y este criterio es dado por la conversión del corazón. Aquel que no se compromete a progresar en la fe no puede encontrar el Espíritu del Señor. Por el contrario, él puede llegar paradójicamente a encontrar la muerte

² Emilio GRASSO, sacerdote diocesano de Roma, es el fundador de la Comunidad *Redemptor hominis*. Se doctoró en Misionología en la Pontificia Universidad Gregoriana y es autor de varias obras publicadas en italiano, español, francés y neerlandés. Colabora con varias revistas acerca de temas de misionología, vida religiosa, espiritualidad, pastoral y problemas del Sur del mundo.

³ Artículo publicado en *Vita Consacrata* 41, 2005/1, pp. 63-72. Se trata de una carta del autor a los jóvenes de la Comunidad *Redemptor Hominis*, que ha sido publicada en francés con el título *Ecriture Sainte et regles de lecture*, en *Tres chers amis... Themes choisis de spiritualité*, del P. E. Grasso, Centro de Estudios *Redemptor Hominis*, Mbalmayo (Camerún) 2000, pp. 65-79. Tradujo del francés la Hna. Liliana Solhaune, osb, del Monasterio Nuestra Señora del Paraná (Entre Ríos), Argentina.

justamente en estas mismas palabras que le han sido dirigidas para la vida. La Biblia no se lee por juego o curiosidad.

Esto vale tanto para la Escritura como para la Eucaristía, ya que tanto la Escritura como la Eucaristía son el Cuerpo del Señor, y no se puede dar el uno sin el otro. Por eso, la Eucaristía, si no se la quiere reducir a un rito mágico que condena y no salva, debe siempre ser tenida en estrecho vínculo con la Escritura, y Escritura y Eucaristía se dan siempre en el interior del Cuerpo de la Iglesia.

Así como nosotros no encontramos al Padre sin el encuentro con el Hijo en el Espíritu, así él no nos permite encontrar la Eucaristía sin el encuentro con la Escritura en la Iglesia. Excluir uno de los tres elementos, entre los cuales existe un proceso de unidad y de circuminsección (el uno totalmente en el otro, permaneciendo cada uno sí-mismo) quiere decir matar el Cuerpo y el Espíritu de Dios, quiere decir matar a Dios mismo, quiere decir comer su propia condenación (cf. *1 Co* 11,26-32).

El progreso en la comprensión

La conversión del corazón que nos permite la comprensión de las Escrituras no es una decisión pasajera realizada de una vez para siempre, sino un compromiso constante que acompaña al cristiano a lo largo de toda su vida. Ella progresa en el tiempo y en intensidad.

Por esta razón, la comprensión espiritual de las Escrituras –que está estrechamente ligada a la conversión– también progresa en el tiempo y en intensidad.

Orígenes escribe: “Las cosas que antes parecían más difíciles de comprender, se volverán después más fáciles y evidentes”.

Al progreso continuo de la experiencia de fe corresponderá pues también una profundización cada vez mayor de las Sagradas Escrituras.

Debemos tener mucha paciencia y constancia. Muchas de las cosas que leemos y escuchamos y que no comprendemos hoy, aquellas cuya significación se nos escapa, las comprenderemos con el tiempo. Lo que hoy nos parece oscuro y velado nos será claro mañana.

Lo que cuenta, sin embargo, es la fidelidad continua, no cansarse de ir adelante, la paciencia en las dificultades, el coraje de repetir la prueba, la humildad de aceptar las correcciones, la apertura del corazón, no encerrarse en sí, no buscar estúpidas justificaciones.

Lo que no comprendemos hoy nos será claro y luminoso mañana, con tal que a la profundización de las Escrituras corresponda el progreso continuo de la experiencia de fe.

Ahora bien, la fe es, esencialmente, obediencia a la palabra. A la primera obediencia corresponde un progreso en el conocimiento de la palabra; a esta primera obediencia debe seguir una nueva, para tener así un nuevo progreso en el conocimiento de la misma palabra. No hay progreso en la palabra, en la revelación. La palabra, una vez entregada, permanece siempre la misma. Pero hay un progreso continuo en el conocimiento de la palabra, progreso que se termina sólo cuando, en el acto de nuestra muerte no sufrida, sino libremente ofrecida, seremos transformados en la palabra misma. Entonces, solamente entonces, también la Escritura, la Eucaristía y la Iglesia desaparecerán, porque quedará solamente la Realidad Última de nuestra Presencia como Hijos del Padre en el eterno diálogo de amor y de alegría que tiene lugar en el seno de la Trinidad.

Casiano nos da una clave de importancia vital para abordar la oración de los salmos. Nos dice que estos versos deben ser cantados no como obra compuesta por el profeta, sino como si aquel que los recita fuera él mismo el autor. Es necesario que los cante como una obra personal, o al menos pensando que los salmos han sido compuestos expresamente para él. Las sentencias que ellos contienen no fueron solamente realizadas en un tiempo lejano, en la persona del profeta, sino que encuentran también en él, en el momento presente, su cumplimiento.

Las divinas Escrituras –escribe Casiano– se vuelven más claras: su corazón y su médula se manifiestan, porque nuestra experiencia, además de hacernos entrar en una cierta familiaridad, obra de modo que estos hechos se reproducen en nosotros. El sentido de las palabras ya no nos son aclarados por las explicaciones, sino a , través de la *experiencia de los*

hechos. Totalmente inflamados con los mismos sentimientos con los cuales el salmo ha sido cantado o compuesto, nos transformamos de algún modo en los autores. Penetramos el sentido de las palabras no por el estudio, sino por una *experiencia personal*.

Sin esta *experiencia personal de los hechos* la palabra de Dios queda siempre como una palabra que nos es extraña, una palabra que pertenece a Otro, una palabra que a lo sumo nos toca como la tangente al círculo, sin jamás transformarse en esa palabra viva y eficaz de la cual nos habla la carta a los Hebreos: *Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo: ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Ninguna cosa creada escapa a su vista, sino que todo está desnudo y descubierto a los ojos de aquel a quien debemos rendir cuentas (Hb 4,12-13)*.

La conversión del corazón nos hace, pues, crecer en la comprensión de las Escrituras, hasta transformarnos nosotros mismos en palabra de Dios en la historia de los hombres.

Para Clemente de Alejandría, el conocimiento no es un modo de aprender, sino un modo de ser. Nosotros podríamos decir que uno pasa del plano gnoseológico (plano del conocimiento) al plano ontológico (plano del ser). Conocer quiere pues decir transformarse, e inversamente podemos también decir que, si uno no se transforma, no conoce o no comprende.

Leer en el mismo Espíritu

Orígenes daba la gran ley de la comprensión de las Escrituras recordando que ella es siempre una comprensión en el Espíritu. Orígenes escribe: “La verdadera comprensión de las palabras de Daniel nadie puede tenerla sino el Espíritu Santo que habitaba en Daniel. Pues, como tenía necesidad del Espíritu Santo aquel a quien se encomendaba decir estas cosas, así tiene necesidad del mismo Espíritu Santo aquel que desea exponer los significados escondidos de estas palabras”.

El Concilio Vaticano II dirá en la Constitución *Dei Verbum* que “la Sagrada Escritura debe ser leída e interpretada a la luz del mismo Espíritu con que fue escrita” (*DV 12*).

Muchas veces, tantas veces, podemos decir e incluso hacer materialmente lo mismo, y sin embargo lo hacemos con un espíritu diferente. Ahora bien, decir las mismas cosas o hacer lo mismo no restituye la unidad. Es el mismo Espíritu quien restituye la unidad. Cuando se tiene el mismo Espíritu, puede suceder que uno llegue hasta a hacer cosas diferentes e incluso hasta decir cosas diferentes. Pero si tiene verdaderamente este mismo Espíritu, hay una lenta, aunque a veces fatigosa, construcción de la unidad. Porque la unidad no es el fruto de un mismo obrar, de un mismo razonamiento, sino el fruto del Espíritu de la misma Persona amada más que a uno mismo.

Uno puede pecar, puede caer, puede no entender, puede fatigarse de observar el mismo estilo de vida, pero si hay el mismo amor hacia la misma Persona, tarde o temprano la unidad se edifica y se consolida.

El Espíritu no es el invisible, el inasible, el desconocido que habita un mundo en el que nosotros no podemos entrar. Al contrario, el Espíritu es lo máximo de la luz y de lo conocibile. Porque el Espíritu es el vínculo del amor que permite al Padre entrar en el corazón del Hijo y al Hijo encontrar su casa en el corazón del Padre. Este Espíritu permite comprender y construir la misma casa, casa del Padre y casa del Hijo.

Este Espíritu es don. Es el Amor. El Amor es siempre don gratuito. No es nuestra conquista, no es una de nuestras adquisiciones. Recuerden las palabras del *Cantar de los Cantares*: *Si alguien ofreciera todas sus riquezas a cambio del amor, tan sólo conseguiría desprecio (Ct 8,7)*.

Este Espíritu es don, no conquista. Para recibirlo es necesario un corazón pobre, un corazón humilde, un corazón que no alegue derechos ni pretensiones.

Los invito a releer *Lc 1,26-55*. En este pasaje de Lucas es clara la relación entre el Espíritu Santo que vendrá sobre María (cf. *Lc 1,35*) y la humildad y la pobreza de la Virgen (cf. *Lc 1,46-55*).

Debemos marchar sobre esta línea de pobreza y de humildad si queremos, con el don del Espíritu, tener la posibilidad de la comprensión de las Escrituras. Comprensión en la cual, como lo hemos recordado en una carta precedente, la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios, más fuerte que los hombres (cf. *1 Co* 1,25).

Y puesto que el Espíritu es don, Orígenes nos recuerda la necesidad de la oración:

“No nos basta tener celo en el estudio de las Sagradas Escrituras, sino que debemos orar al Señor e implorarle día y noche para que venga el cordero de la tribu de Judá que tomará el libro sellado y será digno de abrirlo.

Con respecto a la significación secreta contenida allí y lo que implica la novedad de la expresión escrituraria, oramos al Padre del esposo y Verbo todopoderoso que nos descorra la puerta de este misterio para que podamos ser iluminados, no sólo para comprenderlo, sino también para comunicarlo y aprender a hacer el discurso espiritual proporcional a las capacidades de aquellos que lo lean”.

Es necesario pues poseer el don del Espíritu para entrar en los “secretos” de las Escrituras. El fin de la oración es entonces la venida del Espíritu Santo.

Una lectura eclesial

Pero el don del Espíritu le está garantizado primero a la Iglesia. Desde el comienzo de esta carta recordamos que la Escritura es un tesoro que pertenece a la Iglesia y que es la Iglesia quien lee y posee el libro de las Escrituras. De allí la necesidad, fuertemente sentida por los Padres, de implicar a toda la comunidad en la demanda del Espíritu Santo y en la búsqueda común de la significación “espiritual” de las Escrituras.

“Ayúdenme con sus oraciones y esfuércense conmigo –clamaba Orígenes– para que el Señor se digne revelar en estos pasajes oscuros y escondidos la luz de la verdad”.

Y Gregorio el Grande, en una de sus homilías sobre Ezequiel, observaba: “Sé que con frecuencia muchas de las cosas que en las Santas Escrituras yo no acertaba a comprender, las comprendí cuando me encontré en medio de mis hermanos”.

Y todavía agregaba Gregorio: “Así, llenos de fe, quienes nos esforzamos por proclamar a Dios, somos los instrumentos de la verdad; y la verdad tiene el poder de manifestarse a través de mí a los otros o de venir a mí a través de los otros. Ciertamente ella es igual para todos nosotros, aunque no vivamos todos de la misma manera. Ya ella toca a este, para que yo escuche provechosamente lo que hizo resonar a través de otro; ya toca a aquel; para que él difunda claramente lo que los otros deben escuchar”.

Juan Crisóstomo también prestaba una atención particular al don del Espíritu presente en cada miembro de la asamblea cristiana: “Si estás en tren de hablar o de profetizar, –afirmaba comentando *1 Co* 14– y, en ese momento preciso, el Espíritu hace sobresaltar a otro, debes callarte y escuchar... En efecto, el Espíritu hace estremecer a ese otro, mientras tú hablabas, justamente para darle así la posibilidad de agregar alguna cosa...”

Todos estos pasajes tomados de los Padres de la Iglesia nos dan una regla eclesial de lectura de la Escritura. Sólo con el aporte de todos los miembros de la comunidad, con la palabra de cada uno, palabra que antes de ser pronunciada reclama a cada uno la conversión del corazón, con la lectura y la meditación de la Escritura, la oración para tener el don del Espíritu, la pasión soportada y pagada en primera persona para construir la unidad en el único Espíritu, sólo con el aporte de todos, con la palabra de todos, se puede llegar a la comprensión de la Escritura como libro dado a la Iglesia y en la Iglesia dado a cada uno de nosotros.

El discurso vuelve, pues, sobre el llamado de cada uno a sus responsabilidades. Nuestro Dios, como lo decía Mons. Jean Zoa, es un Dios de Responsabilidades. Cada uno de nosotros está llamado a sus responsabilidades, a ser protagonista de la historia.

Quien no quiere construir esta comunión, quien se sustrae al reparto, sobre la mesa común, de sus medidas de pecado y de gracia, es alguien que no quiere construir con nosotros.

En el mismo Espíritu, que es el mismo amor hacia la misma Persona, cada uno debe dar su contribución, toda su contribución a la edificación del proyecto común.

Porque, ¿cómo podemos llegar a aportar a los pueblos que esperan de nosotros el anuncio de una palabra de Liberación y de Libertad si antes, con nuestra vida personal y comunitaria, negamos la fuerza liberadora de esta palabra?

¿Qué podremos decir a los otros si primero no hemos sido capaces de construir entre nosotros relaciones libres de temor, relaciones en las que cada uno, con humildad, pero también con dignidad, asume sus responsabilidades?

La ley, continuamente reafirmada por los Padres, de que el Espíritu es dado a la Iglesia sobre todo y en función del crecimiento de la Iglesia, no dispensa a nadie de la confrontación seria con la comunidad eclesial entera, cualquiera sea el lugar que ocupe en el interior de la misma comunidad.

Nadie, cualquiera sea su lugar, puede hacer faltar su contribución a una comprensión cada vez más profunda.

No hay Espíritu sin la letra

Pero el Espíritu está contenido también, y de manera muy particular, en las palabras de la Sagrada Escritura. Se puede pues afirmar que, así como existe la exigencia de una actitud de disponibilidad a la conversión, para que la escucha no se quede en la superficie de la palabra, así existe también una conversión del corazón que nace de la palabra escrita de la Biblia. Se puede además afirmar que la conversión del corazón engendra la comprensión de la palabra de Dios sólo en la medida en que el hombre se deja tocar y provocar por la *letra* de la Escritura.

Basilio decía: “Escucha, y verás que será la misma Escritura quien se te revele”.

Y Metodio de Olimpo afirma: “La cosa más grave es, justamente, despreciar el texto tal como se expresa en la letra”.

Y Basilio, todavía, arremete “contra los falsificadores de la verdad que no quieren enseñar a su inteligencia a seguir la Escritura, sino que deforman el sentido de las Escrituras a su gusto y tratan de atribuir según su capricho una mayor profundidad a las cosas escritas, a través de alteraciones y de juegos de significados, dándoselas de más sabios que las palabras del Espíritu e introduciendo en la Escritura sus propias ideas bajo el pretexto de la interpretación”.

Para Basilio no es necesario refugiarse en tantos juegos e interpretaciones, sino que es suficiente profundizar el significado propio de los vocablos. «Yo sé –escribe Basilio– que existen algunos que no aceptan los significados evidentes o comunes de las cosas escritas; ellos dicen que el agua no es el agua, sino alguna otra naturaleza simbolizada en el agua, e interpretan plantas y peces a su gusto, explicando especialmente la creación de los reptiles y de los animales salvajes a su modo, como lo hacen los intérpretes de sueños, que construyen las explicaciones de imaginaciones oníricas según el fin que ellos se han fijado. Yo, por el contrario, si escucho “hierba”, pienso en la hierba, y así pienso en las plantas, en los peces, en las bestias salvajes y en los animales domésticos. Acepto todo tal como está escrito y no me avergüenzo del Evangelio».

Esta enseñanza de Basilio nos recuerda el primado de la *letra* –es decir de lo que está al alcance de nuestra mirada y podemos entender–, con respecto a todas las otras interpretaciones que se alejan de esta *letra*. Es un hábito que debemos adquirir si no queremos caer en fantasías o sueños que no tienen relación con la realidad. Debemos siempre partir de lo que es concreto, sensible, visible. El Espíritu es el Espíritu de Jesús, el Espíritu pues de una persona que conocemos en carne y sangre. Si queremos encontrar el Espíritu sin tener en cuenta y haciendo abstracción de esta carne y esta sangre, no encontraremos el Espíritu del Señor, sino sólo la proyección de nuestros deseos, de nuestros sueños, de nuestros fantasmas.

Debemos siempre partir de una realidad sensible para poder llegar a una realidad intelectual, según el célebre adagio que conocemos bien: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensibus*. Así, antes de llegar a la interpretación intelectual y plena de la Escritura, debemos saber comprender la interpretación *literal*, amar la letra, aún cuando enseguida debemos saber ir más allá de la letra.

No tendremos nunca el cuerpo y la sangre de Cristo sobre el altar si primero no llamamos al pan “pan” y al vino “vino”. Sin el pan y sin el vino no habrá cuerpo y sangre de Cristo. Y el pan y el vino no existen sin el fruto del trabajo del hombre.

En la historia de la Iglesia todos los que han querido llegar directamente al Espíritu, a Dios, sin pasar por la vía áspera, y a veces también decepcionante, de la realidad cotidiana – amasada con carne y sangre, con pan y vino, con la letra escrita y el esfuerzo de leerla con el valor de sus vocablos y con su encadenamiento gramatical y lógico, como letra que está llena del Espíritu, pero que es también fruto del trabajo del hombre–, todos aquellos que han buscado la puerta ancha y el camino breve, tarde o temprano han encallado y están perdidos en la locura de las fábulas, de las fantasías y de los sueños. Náufragos devorados por el vacío, que jamás arribarán al puerto.

Beber de su propio pozo

Hemos visto muy rápidamente algunas reglas de lectura de las Escrituras:

1. El amor y el estudio de las letras.
2. La lectura y la escucha en el contexto eclesial.
3. La comunión eclesial.
4. La conversión del corazón.
5. El don del Espíritu Santo.
6. La relatividad de nuestra interpretación, que tiene necesidad de la ayuda del otro.
7. El esfuerzo de una comunidad viviente en la que todos trabajan en un proyecto común.
8. Sólo la humildad y la pobreza permiten ver allí donde ricos y orgullosos no ven y quedan confundidos.

De estas convicciones nacía en los Padres una confianza ilimitada en la capacidad de cada cristiano de aproximarse al libro de las Escrituras sin que por eso vaya a faltar ese sentimiento de adoración profunda que acompaña necesariamente cada lectura cristiana de la Biblia.

“La palabra de la Escritura es simple –afirmaba Basilio– y todos pueden comprenderla”.

Y Orígenes agregaba con más claridad aún: “Prueba también tú, que me escuchas, a tener tu propio pozo y tu fuente personal, para que tú también, cuando tomes el libro de las Escrituras, te apliques a sacar de tu propio fondo alguna comprensión; y, según la enseñanza que has recibido en la Iglesia, prueba tú también beber de la fuente de tu propio espíritu”.

Una comunidad no nace si cada uno no es libre de tener su propio pozo y de poner su agua en común con las aguas de los otros pozos.

Entonces, cuando cada uno haya profundizado su propio pozo y compartido con generosidad las aguas de su pozo con las aguas de los otros, cada uno se sentirá en casa, y la casa de cada uno será la casa de todos y la casa de todos será la casa de cada uno.

Entonces estaremos unidos en la riqueza recíproca y la recíproca pobreza. Todos seremos ricos del agua de nuestro pozo y todos seremos pobres del agua del pozo de nuestro hermano.

Y en la libertad y la comunión construiremos entre nosotros nuevas relaciones, relaciones verdaderamente monásticas, según el modelo de la primera comunidad cristiana: *Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y*

sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; ellos alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo” (Hch 2,44-47).

Este ejemplo será verdaderamente contagioso y misionero. Por el ejemplo de nuestra vida sucederá lo que sucedía entonces, es decir que ... *cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse (Hch 2,47).*

*Socialestraat 3
3600 Genk
Bélgica*